

RESEÑA DEL LIBRO *SALAZAR: THE
DICTATOR WHO REFUSED TO DIE*,
de Tom Gallagher (Hurst & Company,
Londres 2020, 350 pp.)

JESÚS HUERTA DE SOTO

La primera vez que oí hablar de Salazar, el dictador de Portugal, fue muy de niño, cuando a comienzos de los años sesenta del siglo pasado, comencé a acompañar a mi padre en los viajes familiares que hacía en coche una o dos veces al año a Lisboa para visitar y seguir de cerca la marcha de la delegación portuguesa de nuestro negocio familiar de seguros de vida. Nunca olvidaré la fascinación que en mi mente infantil generaron esos viajes: la sensación de aventura al cruzar con mis padres y hermanos media España por carreteras deficientes durmiendo en el Parador de Mérida, uno de los primeros de España (1933); el farragoso y lleno de trámites burocráticos paso de la frontera con Portugal entre Badajoz y Elvas; y la llegada, por fin, a un país distinto de autopistas e infraestructuras que superaban a todas luces las de la España de entonces y que desde la frontera hasta Lisboa, Cascais y Estoril (donde solíamos alojarnos) parecía, justo al contrario de lo que sucede hoy en día, un país más próspero, limpio y rico que el nuestro propio. Quizás desde la perspectiva actual puedan achacarse estas rememoranzas a la imagen idealizada del niño que yo era entonces, pero mi padre se esforzaba en explicarnos que España había sufrido hacía poco más de veinte años una cruenta y destructiva Guerra Civil seguida de años de autarquía militarista e intervencionismo económico que para nada, o muy de lejos, se habían dado en Portugal. En suma, nos decía para que lo entiendiéramos, que en Portugal mandaba un profesor llamado Salazar que “era mejor y menos malo” que el General Franco que era el que ganó la guerra y mandaba en España. Y aunque entonces no fuera capaz de entender el significado pleno de lo que mi padre quería transmitirnos, para mí y mis hermanos como niños ingenuos que éramos se nos

hizo casi inevitable asociar las ideas de Salazar, prosperidad y Portugal. Si a esto añadimos que mi padre nos explicó también como, durante la Guerra Civil, mi familia pudo sobrevivir en Francia gracias a la lealtad manifestada y mantenida por la delegación de nuestra empresa en Portugal hacia su fundador, mi abuelo Jesús Huerta Peña, y que en Estoril vivía exiliado D. Juan de Borbón, al que apoyaba mi padre, desde su juventud un gran liberal “monárquico donjuanista” (encarcelado durante algunos días y multado por Franco precisamente por esta razón cuando tan sólo contaba 18 años de edad), se entenderá todavía mejor la fascinación con que nosotros, sus hijos, veíamos a Portugal. Fascinación a la que se añadía el regocijo con el que recibíamos cada uno como regalo de nuestro padre y abuelo una pequeña moneda de oro que entonces, y a diferencia de lo que sucedía en España donde estaba completamente prohibido, se adquirían libremente en las tiendas de metales preciosos que abundaban en muchas calles de Portugal y, en concreto, en la “Rua d’Ouro” y en la “Rua da Prata” de la “baixa” de Lisboa.

Posteriormente, y con el paso de los años, pude seguir de cerca, siendo ya un joven maduro, la evolución de nuestro país vecino, sobre todo a partir de los años setenta y, en concreto, de la denominada “Revolución de los claveles” de 25 de abril de 1974 que instauró la democracia en Portugal y supuso el derrumbe definitivo de los cuarenta años de “Salazarismo”. Durante los años, e incluso décadas, posteriores a la Revolución, años trepidantes de inestabilidad económica y social en los que Portugal coqueteó con el socialismo-comunismo, persiguió a su clase empresarial y consumió el capital acumulado durante la etapa anterior, se invirtió radicalmente su situación, convirtiéndose en un país más triste y depauperado que contrastaba progresivamente con la vecina España, cada vez más próspera y consolidada. Y fue durante esos años en los que se fue formando en mi conciencia libertaria una imagen difusa y ambivalente del dictador portugués Salazar: por un lado de rechazo al “Estado Novo” creado por Salazar de corte corporativo y paternalista, pero sin olvidar en ningún momento las palabras de mi padre, gran amante de la libertad, sobre el dictador Salazar.

Y así hasta que muy recientemente, y ante una intrigante reseña aparecida en la revista norteamericana *Reason*, encargué a Amazon

y recibí el libro del profesor inglés Tom Gallagher, especializado en la historia política de la Península Ibérica y dedicado todo él a la biografía y evaluación de António de Oliveira Salazar. Y la lectura de este libro me ha parecido apasionante, hasta el punto de que, muy probablemente espoleado por mis recuerdos de niñez, experiencia posterior y genuino cariño que a lo largo de los años he ido sintiendo de forma creciente por Portugal y su gente, lo leí de un tirón a lo largo de diez días, casi en un estado de febril excitación intelectual. Y es que Tom Gallagher ha logrado llenar un vacío intelectual que sentía desde hace mucho en mi más profundo interior y que anhelaba, casi sin darme yo cuenta, emprender la ardua tarea de investigar a fondo la historia de Portugal y sus protagonistas que, encabezados por Salazar, explican lo que este gran país hermano ha llegado a ser a lo largo de casi el último siglo. Y en este sentido siempre estaré agradecido a Tom Gallagher, pues me ha ahorrado este esfuerzo, gracias a la minuciosa investigación histórica y análisis y ponderada evaluación de los acontecimientos que expone en su excelente libro, hasta el punto de que cualquiera, incluso aquellos no especialmente interesados en Portugal, no dejarán de sorprenderse y sacar gran provecho de su lectura.

Como es lógico, no es misión de una reseña resumir el contenido de un libro sino esencialmente explicar sus virtudes, posibles defectos y, sobre todo, animar en su caso a que sus seguidores se decidan a leer el libro. No obstante sí que voy a referirme a dos aspectos que considero importantes: por un lado, a comentar como Tom Gallagher confirma plenamente cómo y en qué sentido mi padre tenía plena razón siempre que comparaba favorablemente a Salazar con el otro dictador de la Península Ibérica, el General Franco; y, en segundo lugar, comentaré qué conexiones o contactos pueden encontrarse entre Salazar y la Escuela Austriaca de Economía, tema este que Tom Gallagher no toca, pero que sin duda alguna será de interés para los lectores de *Procesos de Mercado*.

Pasando primeramente a comparar a Salazar con Franco, el contraste no puede ser más evidente. En primer lugar, Franco era militar de carrera con el rango de general y curtido tanto en la guerra de Marruecos como en la Guerra Civil española. Salazar, por el contrario, nunca fue militar, sino un prestigioso catedrático de Economía y Hacienda en la Universidad de Coimbra que accedió

por primera vez al gobierno de Portugal en 1928, como ministro de Finanzas (precisamente el que autorizó en 1929 a nuestra Compañía de seguros de vida para operar en Portugal), con 39 años de edad, llamado a la desesperada por la Junta Militar con el desafío de poner en orden las cuentas públicas, cosa que logró plenamente, y lo cual le dio un inmenso prestigio político, hasta el punto de poder hacerse con la presidencia del gobierno (y el poder absoluto) a partir de 1933. Por tanto, a diferencia de Franco, llegó al poder por medios pacíficos, más joven que Franco (a pesar de que le llevaba tres años de edad) y con una bien ganada fama como académico y gestor. Gracias a mi amigo Pedro Almeida Jorge, he podido tener acceso a las obras de economía de Salazar publicadas por el Banco de Portugal y comprobar su, para la época, gran formación académica y convicciones teóricas, que si bien “eccléticas” en muchos aspectos, le llevaron a ser durante toda su vida un acérrimo defensor, también en aguda diferencia con Franco, tanto del presupuesto equilibrado como de un escudo-divisa fuerte (siempre mucho más que la peseta hasta la Revolución de 1974) y del Patrón Oro (de hecho, Salazar acumuló 385 toneladas de oro en las Reservas del Banco de Portugal convirtiendo a este País en uno de los primeros del mundo en términos de oro per cápita, posición que, a pesar de todas las vicisitudes políticas, Portugal ha sabido mantener hasta hoy, superando en esto también a la vecina España que, a pesar de tener una población y economía cuatro veces superior, posee unas reservas de oro mucho menores).

Salazar, a diferencia de Franco, fue muy crítico con Hitler y Mussolini, nunca pretendió crear un estado totalitario y prácticamente no aceptó ningún tipo de culto a la personalidad, llevando siempre una vida muy sencilla y austera y siendo reticente a los homenajes, monumentos, menciones o trato de favor ni siquiera en su propia patria chica (Vimieiro) donde tenía un pequeño viñedo al que le gustaba retirarse a cultivar en sus días de vacaciones. De gran encanto personal, sabía escuchar y tenía una capacidad de trabajo y de atención al detalle envidiables. Es cierto que siempre criticó y desconfió de la democracia e impulsó la creación de un estado gremial corporativista, el “Estado Novo”, muy influido por la doctrina social que entonces mantenía la iglesia Católica, pero sus líneas maestras de gestión económica eran muy ortodoxas

aunque solo fuera, como le gustaba bromear, para que sus alumnos en Coimbra no pudieran decir que no llevaba a la práctica aquello que les había enseñado. Se entiende, por tanto, la gran simpatía y apoyo que Salazar siempre recibió de los líderes alemanes Adenauer y Erhard, así como del General de Gaulle, en este último caso acrecentados aún más si cabe por la oposición sistemática de Salazar a la política internacional e inflacionaria del mundo anglosajón en general y de Estados Unidos en particular. Por todo ello, puede concluirse, como nos indica Tom Gallagher en su libro (p. 271), parafraseando a la ex-Secretaria de Estado de USA Madelaine Albright, que Salazar más que un dictador fascista, fue un gobernante autoritario y paternalista que siempre consideró al nazismo como algo intrínsecamente inmoral.

Y en cuanto al grado de represión de la oposición política, también es agudo el contraste con Franco. En el Portugal de Salazar estaba abolida la pena de muerte, hasta el punto de que aquellos que atentaron contra su vida en 1937, volvieron a hacer una vida normal tras cumplir sus respectivas condenas; y aunque se mantuvo un horrible campo de concentración para disidentes en Cabo Verde, se permitió, por ejemplo, que el líder del ilegal partido comunista Álvaro Cunhal una vez detenido y condenado a prisión, pudiera leer su tesis y doctorarse en la Universidad de Coimbra antes de ser encarcelado. Y en cuanto a la calificación como “terrible” de la policía política P.I.D.E. creada por Salazar, podría decirse que quizás se vea afectada por esa costumbre tan portuguesa de exagerar (“A boca do inferno”, “O terror dos mares”, etc.) especialmente si se la pretende comparar con otros casos históricos mucho más terribles como los de la Stasi, Gestapo o KGB, pudiendo concluirse que la PIDE se encontraba “lejos” de los mismos, no sólo en términos de víctimas, torturas y atrocidades, sino también en términos de eficacia, como lo demuestra la “chapuza” del asesinato del General Humberto Delgado y de su secretaria y amante por parte de elementos de la PIDE en territorio español en 1965, y que tan solo motivó una sentencia de ocho años de cárcel para su principal ejecutor dictada ya en la época democrática posterior a la “Revolución de los claveles” y posteriormente anulada por el propio Tribunal Supremo de Portugal. Por tanto, el asesino pudo volver del exilio y morir pacíficamente en Portugal, y todo ello sin que

en ningún momento pudiera demostrarse más implicación de Salazar en este asunto que la de tratar de encubrir a sus responsables, poniendo todo tipo de dificultades a los jueces y fiscales de Franco, con el que por cierto, y a pesar de las apariencias, Salazar nunca mantuvo unas relaciones verdaderamente fluidas y cordiales.

En dos aspectos, sin embargo, puede considerarse que Franco fue un político más sagaz que Salazar. Primero, en cuanto a la apertura y política de alianzas de la España de Franco con Estados Unidos durante la “Guerra Fría”, lo cual le dio respaldo internacional y un gran empujón económico que hizo que España, a partir del Plan de Estabilización de 1959 iniciara la senda de un desarrollo económico intenso que permitió que nuestro país en tan solo dos décadas superara con creces el nivel de desarrollo económico de un Portugal que, liderado por Salazar y empeñado en mantener sus colonias africanas a toda costa, empezó a desangrarse en las guerras coloniales de Angola y Mozambique (en gran parte, aunque hoy parezca increíble, auspiciadas por los propios Estados Unidos). En segundo lugar, Franco superó a Salazar en el tema clave de planificar su sucesión en el poder, haciendo posible una transición democrática bajo el monarca designado por él mismo y que, por su carácter pacífico y modélico, ha sido alabada en todo el mundo. Por contra, Salazar no se preocupó de elaborar una hoja de ruta que permitiera la sucesión y advenimiento pacífico de la democracia en Portugal, todo lo cual explica el carácter revolucionario y convulso que, durante muchos años y a diferencia de España, tuvo el restablecimiento de la democracia en nuestro país vecino. Y es que, no le hubiera costado mucho a Salazar organizar una transición democrática siguiendo las líneas señaladas, por ejemplo, por Hayek en el volumen III de *Derecho, Legislación y Libertad*, con lo cual habría logrado así coronar su contribución histórica y política a Portugal.

Y ahora, para finalizar, no podemos dejar de referirnos al emocionante relato de las semanas que Ludwig von Mises pasó en Lisboa en el verano de 1940 tras su periplo huyendo de Hitler y camino de su exilio en Estados Unidos y que podemos leer con detalle en el libro que publicó su esposa Margit con el título de *My years with Ludwig von Mises* (1976). Margit nos dice que Mises, durante esos días tuvo varios encuentros con el ministro de Finanzas Amzalak, hasta el punto de impartir un seminario en

su ministerio y tener una entrevista personal con el propio Salazar. ¿De qué hablarían? Nunca lo sabremos, pero muy posiblemente Mises aprovecharía la ocasión para recordar al siempre paciente y cortés Salazar, su crítica al intervencionismo económico en general, y a los controles de precios en particular que a partir de esos años y so pretexto de las penurias generadas por la Segunda Guerra Mundial, fueron establecidos por Salazar, con los negativos efectos que este tipo de medidas siempre generan. Ello explicaría que muy pocos años después, en 1944, apareciera traducido del alemán al portugués por el entonces joven y posteriormente camaleónico catedrático José Joaquim Teixeira Ribeiro el único artículo de Mises publicado en Portugal (por la Universidad de Coimbra, alma mater de Salazar): su clásico ensayo crítico sobre el intervencionismo escrito por Mises en 1926 y publicado ese mismo año en el *Archiv für sozialwissenschaft und sozialpolitik*. Y en lo que se refiere a las relaciones de Hayek con Salazar son, aun si cabe, más interesantes. En primer lugar, destaca la carta que Hayek remitió a Salazar en 1962 junto con un ejemplar de su recién publicado libro *The Constitution of Liberty* con el deseo de que le fuera útil para diseñar una constitución democrática para Portugal que evitara los peores abusos de la democracia: "this preliminary sketch of new constitutional principles may assist [Salazar] in his endeavour to design a constitution which is proof against the abuses of democracy" (carta contenida en la caja 47, carpeta 29, de los papeles de Hayek archivados en la Hoover Institution de la Universidad de Stanford en California). O la carta que Hayek publicó en el *Times* de Londres el 3 de agosto de 1978 con el título "Freedom of Choice" y en la que Hayek expresamente dice que ha habido "many instances of authoritarian governments under which personal liberty was safer than under many democracies. I have never heard anything to the contrary of the early years of Dr. Salazar's early government in Portugal and I doubt whether there is today in any democracy in Eastern Europe or on the continents of Africa, south America or Asia (with the exception of Israel, Singapore and Hong King), personal liberty as well secured as it was then in Portugal" (p. 15). Quizás ello explique que Portugal bajo el liderazgo de Salazar se convirtiera en la isla de paz y libertad de Europa durante los años

tenebrosos de la Segunda Guerra Mundial y posteriores y que, por ejemplo, Calouste Gulbenkian decidiera dejar su fortuna al pueblo y estado portugués, en agradecimiento por los años de su exilio y asilo en Lisboa. O que, como nos indica Tom Gallagher (p. 270), ya bien asentada la democracia en el país vecino, nada más y nada menos que en 2007, Salazar fuera elegido con el 41 por ciento de centenares de miles de votos, como el portugués más grande de la historia, entre los seguidores masivos de una popularísima serie en la televisión nacional dedicada a los Grandes Portugueses de la historia...

Madrid, 2 de junio de 2021